



Otro personaje que dejó su impronta en La Habana fue **Chacumbeles**, el policía que se quitó la vida con su propio revólver y en su propio lugar de recorrido, el Parque Central.

Abrumado por la muerte de su amada mascota, la perra Lolita; la traición de la mujer que amaba y el fracaso de su carrera como acróbata de circo, no quiso seguir viviendo.

Después de una azarosa vida, que incluyó el ras de mar de Santa Cruz del Sur, este hombre, cuyo verdadero nombre era José Ramón Chacón Vélez, descubrió su pasión por el arte circense y logró enrolarse en la famosa carpa de Santos y Artigas donde llegó a adueñarse del número de la cuerda floja.

Un día, desde esa altura pudo observar como su amante se besaba apasionadamente con otro artista. Eso hizo desconcentrarse, perder el equilibrio y caer, causándose serias lesiones que lo tuvieron al borde de la muerte y lo inhabilitaron para seguir trabajando en el circo, lo que lo llevó a la desesperación.

De él nos quedó una frase para designar a aquellos que se buscan problemas por sus propios errores: "Le pasó como a Chacumbeles, él mismito se mató".

Personajes como éstos quizás haya muchos más en esta populosa urbe. Algunos que quizás conozca el acucioso lector y que a este gacetillero se le hayan escapado. Los que aparecen en esta reseña solo son un válido pretexto para festejar, desde esta página cuando aún resuenan las campanadas de la Catedral llamando a misa por el aniversario 497 de nuestra vetusta, bella, amada y hasta a veces mal tratada ciudad capital.

En otro momento, quizás traigamos a colación algún otro personaje histórico, ilustre, simpático o simplemente curioso de esos que han andado y andan por sus calles.